



Prólogo

Marzo de 1162

Los hombres del arzobispo huyeron entre las sombras del valle. Detrás de ellos, en lo alto del paso invernal, relinchaban los caballos asaeteados, mordidos por las flechas. Los hombres vociferaban, chillaban, rugían. El tintineo del acero resonaba argénteo como las campanas de una capilla.

Pero ésta no era una obra de Dios.

«La retaguardia debe resistir».

Fray Joachim asía las riendas de su caballo mientras la montura se deslizaba sobre la grupa durante el descenso de la abrupta ladera. El carruaje cargado había llegado al fondo del valle sin percances. Pero faltaba todavía una legua para estar a salvo.

Si al menos consiguieran llegar allí...

Aferrado a las riendas, Joachim espoleó al animal renqueante hasta el fondo del valle. Chapoteó al vadear un arroyo helado y por un instante se arriesgó a volver la vista atrás.

Aunque se atisbaba ya la primavera, el invierno dominaba todavía las cumbres. Los picos resplandecían bajo la luz de poniente. La nieve reflejaba la luz, mientras una nube de escarcha se desprendía de las afiladas cumbres. Pero allí, en los sombríos desfiladeros, el deshielo había convertido el suelo boscoso en una ciénaga. A los caballos se les hundían las patas en el barro y corrían el riesgo de romperse un hueso a cada paso. Delante, el carruaje se atollaba casi hasta los ejes.

Joachim espoleó a la yegua para reunirse con los soldados en el carruaje.

Habían enganchado otro tronco de caballos al frente y los hombres empujaban desde atrás. Debían llegar al sendero que bordeaba la siguiente cadena montañosa.

—¡Ea! —gritó el cochero, restallando el látigo.

El caballo que iba al frente estiró la cabeza hacia atrás y luego empujó con fuerza el yugo. No ocurrió nada. Las cadenas se tensaron, los caballos bufaban con un hálito blanquecino en el aire gélido y los hombres proferían los juramentos más soeces.

Lenta, muy lentamente, el carruaje consiguió salir del fango con un chasquido de ventosa similar al de una herida abierta en el pecho. Pero al fin reanudó la marcha. La demora había costado sangre. Se oían los gemidos de los moribundos que habían quedado atrás, en el paso de montaña.

«La retaguardia debe resistir un poco más».

El carruaje prosiguió el ascenso. Los tres grandes sarcófagos de piedra que llevaban en su plataforma descubierta se deslizaban contra las cuerdas que los sostenían.

Si alguna se rompiera...

Fray Joachim llegó al carruaje cimbreado y el hermano Franz se acercó en su caballo.

—El sendero parece despejado —comentó.

—No podemos llevar las reliquias de vuelta a Roma. Tenemos que llegar a la frontera alemana.

Franz asintió, comprensivo. Las reliquias ya no estaban a salvo en suelo italiano, al menos mientras el Papa verdadero permaneciera exiliado en Francia y el falso continuara en Roma.

El carruaje ascendía más rápido, reafirmando su equilibrio a cada paso. Aun así, no avanzaba a más velocidad que un hombre a pie. Desde la grupa de su montura, Joachim contemplaba las montañas en lontananza.

El fragor de la batalla se atenuó, sólo leves gemidos y sollozos inquietantes resonaban por el valle. El chasquido de las espadas se aplacó por completo, señal inequívoca de la derrota de la retaguardia.

A Joachim le hubiese gustado ver lo que pasaba, pero la densa sombra cubría las cumbres. La enramada de pinos negros lo ocultaba todo.

Entonces el fraile divisó un destello plateado.

Una figura solitaria de armadura rutilante apareció entre los árboles, iluminada por una franja de luz solar.

A Joachim no le hizo falta ver el sello del dragón rojo en el peto del hombre para reconocer al teniente del Papa Negro. El profano sarraceno había adoptado el nombre cristiano de Fierabrás, a semejanza de uno de los paladines de Carlomagno. En estatura les sacaba una cabeza a todos sus hombres. Un auténtico gigante. Las suyas eran manos manchadas de sangre cristiana, más que las de ningún otro hombre. Pero, bautizado desde el año anterior, estaba del lado del cardenal Octavius, el Papa Negro que había tomado el nombre de Víctor IV.

Inmóvil al sol, Fierabrás no hizo el menor intento de persecución. Sabía que era demasiado tarde.

Finalmente el carruaje alcanzó la cima de la montaña y llegó al camino estriado y polvoriento que allí se iniciaba, desde el que podían avanzar a un ritmo más veloz. El territorio alemán distaba sólo una legua de aquel lugar. La emboscada del sarraceno había fracasado.

Un movimiento llamó la atención de Joachim.

Fierabrás desplegó desde su hombro un gran arco, negro como las sombras. Lentamente ajustó la flecha en la cuerda, apuntó, se inclinó hacia atrás y tensó al máximo.

Joachim frunció el ceño. «¿Qué esperaba ganar con una flecha emplumada?».

El arco se destensó y la flecha salió disparada en un recorrido elíptico sobre el valle, perdida por un instante sobre la cordillera bajo la intensa luz solar. Joachim escrutó los cielos, tenso. Entonces, silente como un halcón marino, la flecha se hizo añicos al golpear el sarcófago central.

De forma increíble, la tapa del sarcófago se resquebrajó con un estampido. Las cuerdas se rompieron en cuanto se partió el ataúd. Una vez sueltos, los tres sarcófagos se deslizaron hacia la parte trasera abierta del carruaje.

Los hombres echaron a correr, intentando evitar el impacto de las moles de piedra contra el suelo. Los sujetaron con las manos. El carruaje se detuvo, pero uno de los sarcófagos se inclinó demasiado y cayó encima de un soldado, al que rompió la pierna y la pelvis. El grito del pobre hombre perforó el aire.

Franz bajó de la silla y acudió enseguida. Ayudó a los hombres a levantar el sarcófago para socorrer al soldado y, sobre todo, para cargarlo de nuevo en el carruaje.

Consiguieron liberar al soldado, pero el féretro pesaba demasiado para subirlo de nuevo al carromato.

—¡Cuerdas! —gritó Franz—. ¡Necesitamos cuerdas!

Uno de los porteadores resbaló. El sarcófago volvió a caer a su lado, y la tapa se abrió.

A sus espaldas, por el sendero, se oyó un ruido de cascos, cada vez más próximo. Joachim se volvió, consciente de lo que se iba a encontrar. Unos caballos, sudorosos y refulgentes al sol, se disponían a embestirles. Aunque estaban todavía a un cuarto de legua de distancia, se podía apreciar que todos los caballeros iban vestidos de negro. Más hombres del sarraceno. Era una segunda emboscada.

Joachim no se movió del caballo. No había escapatoria.

Franz dio un grito de asombro, no por la delicada situación en que estaban inmersos, sino por el contenido del sarcófago abierto. O, mejor dicho, la *inexistencia* de contenido.

—¡Vacío! —exclamó el joven fraile—. Está vacío.

Impresionado, se puso en pie y se subió a la plataforma del carruaje para contemplar de cerca el ataúd resquebrajado por la flecha del sarraceno.

—Nada una vez más —dijo Franz, hincándose de rodillas—. ¿Y las reliquias? ¿Qué clase de ruina es ésta? —El fraile miró a Joachim a los ojos y leyó en ellos la falta de sorpresa—. Tú lo sabías.

Joachim volvió la vista hacia los caballos, que se acercaban veloces. Su caravana era una estratagema, una trampa para confundir a los hombres del Papa Negro. El auténtico mensajero había partido un día antes, con una recua de mulas, portando las verdaderas reliquias envueltas en paño de hilo rústico y ocultas dentro de un fardo de heno.

Dirigió de nuevo la mirada hacia el valle para observar a Fierabrás. El sarraceno tal vez lograría acabar con él aquel mismo día, pero el Papa Negro jamás se apoderaría de las reliquias.

Jamás.

En la actualidad

22 de julio, 23.46

Colonia (Alemania)

Se acercaba la medianoche cuando Jason pasó a Mandy el iPod.

—Escucha esto. Es el nuevo *single* de Godsmack. No ha salido todavía en Estados Unidos. ¿A que está bien?

La reacción fue menos efusiva de lo que esperaba Jason. Mandy se encogió de hombros, inexpresiva, pero aun así tomó los auricu-

lares que él le pasaba. Se apartó las puntas del pelo negro teñidas de rosa y se los colocó en los oídos. Con aquel movimiento se le abrió la chaqueta lo suficiente para dejar ver la forma de sus pechos bajo una camiseta negra de los Pixies muy ajustada.

Jason no le quitaba ojo.

—No oigo nada —dijo Mandy con un suspiro cansino, arqueando una ceja.

«Vaya». Jason volvió a fijarse en el iPod y pulsó *play*.

Se inclinó hacia atrás, apoyándose sobre las manos. Los dos estaban sentados en el césped que bordeaba la plaza peatonal, la Domvorplatz. Ésta rodeaba la inmensa catedral gótica, la Kölner Dom, magníficamente situada en la colina de la Catedral, con vistas sobre toda la ciudad.

Jason contempló la longitud de las agujas gemelas, decoradas con figuras de piedra, esculpidas en hileras de relieves de mármol que oscilaban entre lo religioso y lo arcano. A aquellas horas nocturnas, el edificio iluminado producía el misterioso efecto de algo que emerge de las profundidades, algo que no es de este mundo.

Mientras escuchaba la música que salía del iPod, Jason miraba a Mandy. Ambos estaban recorriendo Alemania y Austria aprovechando las semanas de vacaciones del Boston College. Iban en compañía de otros dos amigos, Brenda y Karl, a quienes les interesaban más los bares de la zona que oír la misa de medianoche que se iba a officiar más tarde. Mandy, sin embargo, era católica. Las misas de medianoche en la catedral se celebraban sólo en muy contadas ocasiones, y las oficiaba el propio arzobispo de Colonia; en aquel caso se trataba de la fiesta de los Tres Reyes. Mandy no quería faltar. Y aunque Jason era protestante, decidió acompañarla.

Mientras aguardaban la medianoche, Mandy movía ligeramente la cabeza al ritmo de la música. A Jason le gustaba observar el vaivén del flequillo de la chica y la mueca de su labio inferior mientras se concentraba en la música. De pronto sintió un roce en la mano. Mandy había acercado el brazo y empezó a acariciarle la mano. Su mirada, no obstante, permanecía fija en la catedral.

Jason contuvo la respiración.

Las vivencias de los últimos diez días los habían unido cada vez más. Antes del viaje apenas se conocían. Mandy era la mejor amiga de Brenda desde el instituto, y Karl era el compañero de habitación de Jason. Sus amigos respectivos, con su noviazgo recién estrenado, no querían viajar solos por si se deterioraba su incipiente re-

lación. No había sido así, de modo que Jason y Mandy acababan a menudo solos.

A Jason no le preocupaba. Estudiaba Historia del Arte en la universidad. Mandy cursaba la especialidad de Estudios Europeos. En aquel lugar, sus áridos manuales académicos adquirirían peso, sustancia, un contorno palpable. Ambos resultaron ser buenos compañeros de viaje, pues compartían una emoción similar ante tales descubrimientos.

Jason mantenía la mirada alejada de las caricias, pero aproximó un poco sus dedos a los de ella. ¿Era más brillante la noche de repente?

Por desgracia, la canción acabó demasiado pronto. Mandy se enderezó y retiró la mano para quitarse los auriculares.

—¿Vamos entrando? —susurró, y señaló con la cabeza la fila de personas que discurrían por la puerta de la catedral. Se puso en pie y se abotonó la chaqueta, una sobria americana negra, sobre la vistosa camiseta.

Jason se levantó también mientras ella se alisaba la falda larga y se peinaba las puntas rosas detrás de la oreja. En un instante, la universitaria tirando a *punk* se transformó en una formal colegiala católica.

Jason se quedó boquiabierto ante la repentina transformación. Con sus vaqueros negros y chaqueta informal, sintió de pronto que su atuendo era poco adecuado para asistir a un servicio religioso.

—Vas muy bien —dijo Mandy, como si intuyera su preocupación.

—Gracias —masculló Jason.

Recogieron sus cosas, tiraron las latas de coca-cola vacías en una papelería cercana y atravesaron los adoquines de la Domvorplatz.

—*Guten abend* —les dijo el diácono de levita negra que los recibió en la puerta—. *Willkommen*.

—*Danke* —farfulló Mandy mientras subían las escaleras.

La luz titilante de las velas traspasaba la entrada abierta de la catedral y se proyectaba sobre los escalones de piedra, acentuando la sensación de antigüedad. Poco antes, aquel mismo día, mientras visitaban la catedral, Jason se enteró de que los cimientos del edificio databan del siglo XIII. Para un americano era difícil comprender semejante amplitud temporal.

Bajo la luz de las velas, Jason llegó a las inmensas puertas talladas y siguió a Mandy hacia el atrio. Se mojó levemente los dedos en la pila de agua bendita y se persignó. De pronto, se sintió torpe, ple-

namente consciente de que ésa no era su religión. Era un intruso, un entrometido. Temía cometer un error que lo pusiese en evidencia y, de rebote, también a Mandy.

—Sígueme —dijo su amiga—. Quiero conseguir un buen sitio, pero no demasiado cerca.

Jason se dejó llevar. Al entrar en la iglesia propiamente dicha, el asombro disipó su malestar. Aunque ya había estado dentro y sabía mucho sobre la historia y el arte de aquel lugar, volvió a impresionarle la sencilla majestuosidad del espacio. De frente se iniciaba la larga nave central, de ciento veinte metros de longitud, dividida en dos por un transepto de noventa metros, que formaba una cruz con el altar mayor en el centro.

Pero lo que le llamó la atención no era la longitud y amplitud de la catedral, sino su increíble altura, que arrastraba su mirada cada vez más alto, atraída por los arcos puntiagudos, las esbeltas columnas y el techo abovedado. Un millar de velas despedían espirales de humo, que se elevaban hacia los cielos, un humo con olor a incienso que reflejaba su sombra titilante en los muros.

Mandy lo guió hacia el altar. Las zonas del transepto, a ambos lados del altar, estaban acordonadas, pero quedaban muchos sitios libres en la nave central.

—¿Qué tal por aquí? —dijo ella tras detenerse en mitad de la nave lateral con una tenue sonrisa, en parte de agradecimiento, en parte de timidez.

Él asintió, incapaz de articular palabra ante la sencilla belleza de la chica, una Madonna de negro.

Mandy lo cogió de la mano y lo llevó hasta el final del banco, junto al muro. Él se acomodó en su sitio, feliz por la relativa privacidad de la que allí disfrutaban. Mandy no separó su mano de la de Jason. No cabía duda de que la noche se animaba.

Al fin sonó una campana y el coro empezó a cantar. Comenzaba la misa. Jason seguía el ejemplo de Mandy: se ponía de pie, se arrodillaba y se sentaba según la intrincada coreografía de la fe. Él no profesaba ninguna, pero se sentía intrigado, arrobado por la pompa escénica: los sacerdotes con su sotana, balanceando incensarios humeantes, la procesión que acompañaba la llegada del arzobispo con su alta mitra y los ribetes de oro de su ropaje, los cantos entonados por el coro y los feligreses, las velas encendidas.

El arte constituía una parte tan esencial de la ceremonia como los propios participantes. Una escultura de madera de María y el

Niño Jesús, conocida como la *Madonna de Milán*, irradiaba belleza y antigüedad. Y al otro lado de la nave, un san Cristóbal de mármol sostenía en brazos a un Niño Jesús de beatífica sonrisa. Toda la escena estaba dominada por las inmensas vidrieras bávaras, en aquel momento oscuras pero relumbrantes por el reflejo de las velas, que daban a los vidrios apariencia de joyas.

Pero la obra de arte más espectacular era el sarcófago de oro situado detrás del altar, protegido por una estructura de vidrio y metal. A pesar de sus dimensiones —apenas mayores que las de un baúl ancho— y su forma de iglesia en miniatura, era la principal atracción de la catedral, la razón de que se erigiera una casa de culto tan inmensa, lugar de confluencia de la fe y el arte. En él se conservaban las reliquias más sagradas del templo. Se había forjado en oro macizo antes de que se proyectase la construcción de la catedral. Lo había diseñado Nicolás de Verdún en el siglo XIII y se consideraba el mejor ejemplo conservado de orfebrería medieval en oro.

Mientras Jason continuaba su escrutinio, el oficio religioso tocaba a su fin, indicado por las campanas y las oraciones. Por último llegó el momento de la comunión, con la partición del pan eucarístico. Los feligreses salieron de los bancos e hicieron cola por los pasillos para recibir el cuerpo y la sangre de Cristo.

Cuando llegó el momento, Mandy se levantó junto con los feligreses del mismo banco y separó su mano de la de Jason.

—Vuelvo enseguida —le susurró.

Jason contempló el banco vacío y la lenta procesión continua hacia el altar. Mientras aguardaba inquieto el regreso de Mandy, se levantó para estirar las piernas y aprovechó para observar las estatuas que rodeaban un confesionario. En ese momento lamentó también la tercera lata de coca-cola que se había bebido. Echó un vistazo atrás, hacia el atrio de la catedral. Había un lavabo público en el exterior de la nave.

Mientras miraba hacia aquel punto, Jason fue el primero en vislumbrar un grupo de monjes que entraba por la parte posterior de la catedral, abarrotando las puertas de aquella fachada. A pesar de los hábitos negros hasta los pies, las capuchas y el cinturón, algo extraño llamó su atención. Avanzaban demasiado rápido, con una firme precisión militar, deslizándose entre las sombras.

¿Formarían parte del ritual?

Al echar un vistazo por toda la catedral descubrió más figuras similares en otras puertas, incluso detrás del transepto acordonado

junto al altar. Aunque mantenían la cabeza gacha, en gesto piadoso, parecían en guardia.

¿Qué ocurría?

Vio a Mandy cerca del altar. En ese instante estaba recibiendo la comunión. Había sólo unos pocos feligreses detrás de ella. «La sangre y el cuerpo de Cristo», casi leyó en los labios.

«Amén», respondió para sí.

Terminó la comunión. Los últimos feligreses, entre ellos Mandy, volvieron a sus asientos. Jason se sentó a su lado.

—¿Qué pasa con todos esos monjes? —preguntó, inclinándose hacia delante.

Ella estaba de rodillas con la cabeza inclinada. Su única respuesta fue un mudo gesto pidiendo silencio. Él se apoyó en el respaldo. La mayoría de los feligreses estaba también de rodillas. Sólo permanecían en sus asientos unos pocos que, como Jason, no habían comulgado. Al fondo, un sacerdote terminaba de recoger, mientras el anciano arzobispo permanecía sentado en la tarima, con el mentón en el pecho, adormilado.

El misterio y la pompa se habían apagado en el corazón de Jason. Tal vez era sólo la presión de la vejiga, pero lo único que quería era salir cuanto antes de allí. A punto estuvo de coger a Mandy por el codo, con la intención de apremiarla para que se marcharan.

El movimiento que presenció ante sus ojos le disuadió. Los monjes situados a ambos lados del altar sacaron las armas que llevaban envueltas en sus vestiduras. El metal lustroso resplandecía a la luz de las velas. Eran Uzis cortas, provistas de largos silenciadores negros.

Un traqueteo de disparos, no más estrepitoso que la tos entrecortada de un fumador empedernido, sonó en el altar. En los bancos todos alzaron la cabeza. Detrás del altar, el sacerdote vestido de blanco se tambaleó con el impacto de las balas. Parecía que lo estaban acribillando con bolas de pintura roja. Se desplomó sobre el altar, derramando el cáliz junto con su propia sangre.

Tras un silencio de asombro, los feligreses prorrumpieron en chillidos. Todo el mundo se levantó. El anciano arzobispo salió a trompicones del estrado y se agachó aterrorizado. Con el movimiento repentino se le cayó la mitra al suelo.

Los monjes recorrieron los pasillos desde la parte posterior y los laterales. Se profirieron órdenes a gritos en alemán, francés e inglés.

«*Bleiben Sie in Ihren Sitzen... Ne bougez pas...*».

Bajo las capuchas, las máscaras de seda negra atenuaban las voces y oscurecían los rostros. Pero las armas levantadas reforzaban los órdenes.

«¡Permanezcan sentados o morirán!».

Mandy volvió a sentarse junto a Jason y acercó su mano a la de él. El chico le agarró los dedos y miró a su alrededor, atónito, incapaz de parpadear. Todas las puertas estaban cerradas y vigiladas. ¿Qué ocurría?

En el grupo de monjes armados que estaba cerca de la entrada principal apareció una figura vestida como las demás, sólo que más alta, que emergía como atraída por alguna fuerza. Su hábito semejaba una capa. Indudablemente se trataba de algún líder que, desarmado, recorría con aplomo el pasillo central de la nave.

Se reunió con el arzobispo en el altar. Entre ambos se desató una discusión acalorada. Jason tardó un momento en percatarse de que hablaban en latín. De pronto, el arzobispo retrocedió espantado.

El líder se hizo a un lado. Dos hombres avanzaron hacia allí y abrieron fuego. El objetivo no era matar. Dispararon contra la urna que protegía el relicario de oro. El vidrio se rayó y se llenó de hendiduras, pero resistió. Era cristal blindado.

—Ladrones... —masculló Jason. Estaban asistiendo a un arriesgado robo.

El arzobispo se irguió, como si hubiera recuperado fuerzas con la obstinación del cristal. El líder de los monjes alargó la mano mientras continuaba hablando en latín. El arzobispo meneó la cabeza.

—«*Lassen Sie dann das Blut Ihrer Schafe Ihre Hände beflecke*» —dijo el hombre después, ya en alemán.

«Que la sangre del cordero se derrame sobre tus manos».

El líder hizo señas a otros dos monjes para que avanzaran al frente. Rodearon la urna blindada y colocaron inmensos discos de metal a ambos lados del marco. El resultado fue instantáneo. El vidrio blindado, tras perder resistencia, estalló como empujado por un viento oculto. El sarcófago titilaba bajo la luz de las velas. Jason sintió una presión repentina, un estallido interno en los oídos, como si los muros de la catedral hubieran cedido de pronto hacia dentro, aplastándolo todo. La presión le ensordeció y le cegó.

Se volvió hacia Mandy.

Tenía todavía la mano agarrada a la suya, pero el cuello se le había arqueado hacia atrás y tenía la boca abierta.

—Mandy...

Por el rabillo del ojo Jason vio a otros feligreses petrificados en las mismas poses convulsas. La mano de Mandy empezó a temblar junto a la suya, vibrando como el bafle de un altavoz. Por su cara resbalaban lágrimas que se tornaban sanguinolentas mientras él las contemplaba. La chica no respiraba. Su cuerpo sufrió convulsiones y se agarró, y luego soltó la mano, pero no antes de que él notase el calambre de los dedos de Mandy junto a los suyos.

Jason se levantó, demasiado aterrado para permanecer en su asiento.

De la boca abierta de Mandy salió un fino humo rosáceo. Tenía los ojos en blanco, pero ya negruzcos en el rabillo. Estaba muerta.

Jason, enmudecido de miedo, observó la catedral. Ocurría lo mismo por todas partes. Sólo unos pocos estaban ilesos: dos niños pequeños, inmovilizados entre sus padres, lloraban y gemían. Jason reconoció a los que no estaban afectados. Eran los que no habían comulgado. Como él.

Se escabulló entre las sombras junto al muro. Por un instante su movimiento pasó desapercibido. A sus espaldas halló una puerta no vigilada por los monjes. Era una puerta falsa.

Jason la abrió lo suficiente para introducirse en el confesionario. Postrado de rodillas, se acurrucó. Le vinieron oraciones a los labios. Luego, con la misma inmediatez, se acabó. Lo sintió en su cabeza. Un estallido, una liberación de la presión. Los muros de la catedral respiraron de nuevo.

Jason lloraba. Por sus mejillas corrían lágrimas frías. Se atrevió a asomarse por un agujero de la puerta del confesionario. Tenía una clara visión de la nave y del altar. Miró fijamente. El aire apestaba a vello quemado. Todavía resonaban los gritos y gemidos, pero ahora el coro provenía sólo de algunas gargantas. Las de los supervivientes. Una figura, que parecía un mendigo por sus ropas andrajosas, salió a trompicones de un banco y echó a correr por un pasillo lateral. Antes de que diera diez pasos le dispararon en la cabeza por detrás. Un único disparo. Su cuerpo quedó tendido en el suelo.

«¡Dios mío! ¡Dios mío!».

Conteniendo los sollozos, Jason mantuvo la vista fija en el altar.

Cuatro monjes extrajeron de la urna reventada el sarcófago de oro. Apartaron del altar a patadas el cuerpo del sacerdote asesinado y en su lugar colocaron el relicario. El líder sacó de debajo de su manto un gran saco de tela. Los monjes abrieron la tapa del relicario y volcaron su contenido en la saca. Una vez vacío, soltaron en el suelo el valioso

sarcófago con gran estrépito y lo dejaron allí. El líder se echó al hombro la carga y regresó por el pasillo central con las reliquias robadas.

El arzobispo lo llamó. De nuevo en latín. Resonó como una maldición.

La única respuesta del hombre fue un gesto de despedida con el brazo.

Otro de los monjes se acercó al arzobispo por la espalda y le puso una pistola en la cabeza.

Jason se agazapó para no ver más. Cerró los ojos y resonaron nuevos disparos en la catedral. Esporádicos. Los gritos se acallaron de pronto. La muerte asoló la catedral cuando los monjes empezaron a masacrar a los pocos supervivientes que quedaban.

Jason mantuvo los ojos cerrados y rezó.

Un momento antes había entrevisto el escudo de armas en el hábito del líder. Cuando el hombre alzó el brazo, su manto negro se había abierto, dejando al descubierto un emblema carmesí: un dragón con la cola enroscada alrededor del cuello. Jason no conocía el símbolo, pero le pareció exótico, más persa que europeo.

Detrás de la puerta del confesionario, la catedral se envolvió en pétreo silencio.

Unas botas se aproximaron a su escondrijo con fuertes pisadas. Jason cerró los ojos con más fuerza, para evitar el horror, el sacrilegio. Todo por un saco de huesos.

Y aunque la catedral se hubiera erigido para albergar unos huesos reverenciados por incontables reyes, aunque la misa fuera una fiesta en homenaje a aquellos hombres muertos mucho tiempo atrás —la fiesta de los Tres Reyes—, en la mente de Jason prevalecía una pregunta.

¿Por qué?

En toda la catedral abundaban las representaciones de los Tres Reyes, imágenes de piedra, vidrio y oro. En un panel, los Reyes Magos atravesaban el desierto en sus camellos, guiados por la estrella de Belén. En otro se representaba la Adoración del Niño Jesús, con unas figuras arrodilladas que le regalaban oro, incienso y mirra.

Pero Jason cerró su mente a todo aquello. Lo único que veía era la última sonrisa de Mandy. Su suave caricia. Todo perdido.

Las botas se detuvieron al otro lado de la puerta.

Él lloró en silencio en busca de una respuesta para toda esa masacre.

¿Por qué? ¿Qué sentido tenía robar los huesos de los Reyes Magos?